Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular Y Formación Docente
Area de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2006

Lunes 7 de agosto en la Ciudad de La Rioja, miércoles 8 de noviembre en Ciudad de Mendoza y jueves 9 de noviembre en Tunuyán.

Cine y Formación Docente 2007

Sábado 22 de septiembre en Viedma, Río Negro

El Muro, lo social y lo político.

Por Mariano Gutiérrez.

Los muros y los hombres

Para comenzar con el análisis de una película que transcurre en la cárcel, puede servir de guía hablar, justamente, de la cárcel misma. Pero en este caso, esto será sólo un disparador, una apertura a “correr el foco” hacia otros problemas y pensar cómo la cárcel, aparentemente excepcional, nos sirve para pensar la generalidad.

La película pone en jaque mucha de las verdades reveladas sobre la cárcel, lo penitenciario y la “subcultura carcelaria”; al menos lo pone en muchas de las propuestas más clásicas para entenderla y eso es porque nos relata la experiencia de presos políticos: experiencia, que efectivamente, puso en aprietos, cuestionó y eventualmente hasta modificó la dinámica carcelaria durante los años 70.

En realidad, veremos que la película nos advierte más que eso; nos está advirtiendo acerca de que, así como el mundo cambió, en los últimos treinta años la cuestión de la cárcel y sobre todo su relación con el “mundo exterior”, también han cambiado mucho. De alguna manera, intentaremos argumentar, como los muros de la cárcel, su estrategia del miedo y la separación, salieron hacia fuera y se instalaron en la ciudad.

Como esto es una conferencia, voy a evitar las citas, pero para hablar de la cárcel, hay autores que no podemos obviar por lo profundo de sus análisis. Erwin Goffman (sobre todo en *Asylums* –traducido como “Internados”-) es uno de ellos. Nos servirá para plantear el primer problema, el de la cárcel tal como ha sido hasta este momento.

El autor llama “Instituciones Totales” a aquellas que producen una reorganización total de la vida del interno. Para lograr este efecto, las instituciones totales actúan sobre

la identidad del sujeto: destruyen y reconstruyen su subjetividad. Este cambio sobre la identidad comienza con un proceso de desculturación: el interno no se puede mantener al día con los cambios recientes del mundo exterior, se va separando de él, ya no geográficamente sino culturalmente (no puede estar al tanto de lo que pasa, ni intervenir, ni ser intervenido por ello). Se lo separa de su entorno, a la vez que se invaden sus barreras de privacidad y pudor. Todos los límites y barreras que delimitan al sujeto y hacen a la autonomía de su voluntad son atacados por uno u otro ritual institucional. Esta categoría, “Instituciones Totales”, por supuesto, incluye a la cárcel; al menos a la cárcel clásica, o aquella que se supone que “funciona bien”; es aquella que trata de separar al preso tanto geográfica como culturalmente de su entorno. Goffman, también llama “procedimientos de mortificación del yo” (degradación, humillación y profanación) a aquellas prácticas de manipulación de los “internos” destinadas a convertirlos en objetos (justamente, despojarlos de su humanidad, su particularidad, su “yo”), las ceremonias que eliminan las barreras entre el exterior y el interior de la persona, las que obligan a un despojo del rol social que se traía e imponen otro homogéneo. Al preso se lo manosea, se lo clasifica, se lo somete a test de obediencia, se cambian sus nombres por apodos. Probablemente, se le cambie el aspecto (por ejemplo, con el uniforme), se lo someta a marcas físicas infamantes o estigmatizantes (un determinado aspecto, una vejación que queda documentada en un tatuaje o en un nombre, una señal de sometimiento inscripta en su rostro). Se subraya su sometimiento al personal mediante gestos o palabras de sumisión; se

lo somete a violaciones o toqueteos humillantes (como las requisas), nada de esto son "defectos" de la cárcel (o de otra institución total). Opera y ha operado así regularmente, porque en efecto, estos procedimientos destructivos son la vía mediante la cual destruye la subjetividad autónoma (y, por qué no, rebelde frente al encierro), para suplantarla por otra, no necesariamente sumisa, pero si sometida a su propia dinámica de control. Esto ocurre, aunque los aparatos burocráticos pongan en marcha complejos mecanismos para hacer aprender a sus operadores la resignación o incluso la negación de que esto sea así.

Tomando algunas de estas cuestiones, ya varias cosas de la película nos están advirtiendo de algo: estos presos políticos, los que vemos al principio, resisten con éxito ese proceso de incomunicación y desculturación. Siguen siendo los mismos que afuera, un apoyo de sus compañeros y una manera de ver el mundo les sirve de soporte. Incluso, pueden estar al tanto del mundo exterior e influir en él. De alguna manera, al comienzo, parecen vencer a la estrategia carcelaria: los muros parecen demasiado débiles frente a su voluntad, firmemente disciplinada en la militancia.

Las estrategias de degradación del yo son resistidas al comienzo de la película por los presos políticos. Se niegan a aceptar el uniforme, y finalmente conservan sus rasgos identitarios, no se definen como "delincuentes", sino, como "presos políticos". Acceden al mundo exterior, se mantienen informados e incluso logran enviar comunicaciones a él (como cuando organizan la huelga de hambre reclamando sus derechos), finalmente, los vemos juntos en el patio de los pabellones, con los cabellos largos y barbudos, tal, como seguramente, lo estaban antes de entrar (recordemos que estaban en los 70), sin uniformes, usando su propia ropa; continúan llamándose por sus nombres, cada uno es el mismo que entró.

Enfrentan exitosamente las prácticas de sometimiento humillantes que suelen ser la manera usual de "degradación del yo" en las costumbres de las grandes administraciones penitenciarias. Nada de esto parece funcionar con ellos; cambia el entorno, pero el entono no los ha cambiado a ellos.

También señala Goffman que, luego de estos procedimientos de mortificación del yo, vienen procedimientos de reorganización de ese yo. La casa impone sus normas de castigos y privilegios; incluso se crea una jerga institucional y particular que sirve para describir los acontecimientos y las reglas de ese mundo. Una de estas reglas, por ejemplo, es la organización de placeres ilícitos a través de los cuales la administración penitenciaria puede negociar en relación a esferas de control sobre los presos (por ejemplo, con las drogas). Nuevamente, también se nos muestra en la película, que estas normas son resistidas y hasta ignoradas por los presos políticos. No aceptan las normas de organización jerárquica y vertical propia de la vida de los presos comunes que necesita un sistema penitenciario. Establecen un sistema de normas horizontales, igualitarias; incluso no se dejan seducir por los pequeños beneficios secundarios que todo sistema penitenciario maneja para negociar: imponen la prohibición de las drogas y de esa forma evitan también el control "ilegal" de la administración penitenciaria.

Por último, se nos dice que el efecto de todas estas estrategias carcelarias en el sujeto es la autocompasión, la obsesión por la pérdida, la repetición de la "historia triste" de su vida, la autovictimización permanente, un discurso lastimero y resignado sobre la historia de uno (soy una víctima, siempre me toca sufrir, perdí). Esto produce una modificación definitiva de su identidad en el mundo exterior: Desculturación, estigmatización, ansiedad y angustia. Contra ellos, se nos muestra, los primeros presos políticos reivindican su autoridad y lejos de autovictimizarse se reclaman autores conscientes de sus *crímenes* políticos.

Esta es la literatura más clásica para entender los efectos del encierro en el sujeto, cómo opera, el por qué de la permanencia de ciertas prácticas que parecen defectos, pero que continúan. Y es la más clásica por su efectividad explicativa: es así, en efecto, como funciona la enorme maquinaria de transformación de subjetividades que son las instituciones totales. Pero los presos políticos han generado una salida de este sistema: y es por ello, en una segunda lectura, aparece la identidad de ser políticos, porque pelean por el cambio. Podríamos decir que "lo político", implica, en este contexto, la

posibilidad de generar un espacio colectivo propio, organizado, y destinado a un objetivo. En este caso, vencer la disolución que les impone la cárcel.

La (des)organización selectiva

La primera lectura que nos muestra la película es que los dos distintos destinos de los protagonistas estaban marcados porque uno (Miguel) era blanco y rico y el otro (Jorge) negro y pobre. Esta es la denuncia que hace la hija de Miguel, cuando lo acusa de racista. Pero la película gira, en realidad, en torno a otra lectura que requiere al espectador que haga. Una segunda lectura: una gran diferencia entre el joven Miguel y el joven Jorge y sus destinos es la forma en que reaccionaron frente al encierro y las armas que traían para resistirlo, una vez que Pingao (la separación social) ingresa a la cárcel.

Retomemos el punto anterior. Si la cárcel sirve para destruir una identidad que se trae de “afuera” (o mejor, una subjetividad) y reorganizarla, tal como denunciaba Goffman, la experiencia de los presos políticos en la película puso en jaque durante mucho tiempo la efectividad de la institución. Construyeron formas de asociación que no sólo resistían sino que transformaban su experiencia en la cárcel, conseguían derechos que las autoridades querían negar (las visitas, el no uso de uniforme), imponían un sistema relativamente pacífico y efectivo de control interno que los mantenía unificados, lograban comunicarse con el exterior, *lograban seguir siendo quienes eran antes de entrar*.

Pero lo que muestra el devenir de los conflictos entre los presos políticos y los presos sociales, es que al final, la estrategia carcelaria funcionó curiosamente, funcionó mejor afuera que dentro de la cárcel. Treinta años después, Miguel ha dejado de ser un político revolucionario, para ser un político profesional. Y Jorge, sambista, pobre y delincuente, ha dejado de ser sambista y pobre, para ser mucho más intensamente *delincuente*.

Poco a poco la escalada de conflictos entre los presos, a partir del caos introducido por la irrupción repentina de presos comunes en el pabellón ha introducido el *miedo* y el enfrentamiento. Así están dadas las condiciones para que opere el trabajo carcelario en toda su efectividad. Por

supuesto, es cierto que la brecha del racismo que señala la hija de Miguel, ya existe. Y es ahí donde va a operar la estrategia de la separación. El miedo no operaría si ningún prejuicio subyaciera en Miguel y los suyos contra los otros. Pueden matar a un gato de otro de su mismo colectivo, y no se desintegran. Esta falta, entre los propios, es incluso tolerada en función de su pertenencia común al colectivo y al objetivo de este. Pero cuando un preso común, ajeno al grupo, roba un reloj, la trasgresión parece mucho más peligrosa y se vuelve imperdonable.

Luego del robo del reloj, lo que ocurre es que se inserta en la cabeza de los presos políticos que ahora uno debe cuidarse del robo por parte de otro preso (común). Es decir, que *los otros*, ya temidos como factor de disolución, se revelan como peligrosos. Allí se dispara la cuestión de si hay que separarse de ellos para cuidarse. Si hay que separar el cuerpo político de lo social, para preservarlo. Esto implica un abandono total de la consigna política con la que ingresaban los presos políticos, y así, queda claro en la propia discusión que mantienen sus tres líderes. A partir de este momento cesan los grandes reclamos de los presos políticos a la organización penitenciaria, porque el conflicto entre los mismos presos comienza a ser prioridad. A partir de ahora, lo que rige es la necesidad de *supervivencia* y no la de *cambio*. La separación, la claudicación, produce efectos hacia el exterior: ahora también sus familiares deben estar separados, por “seguridad”.

El miedo al otro se instaura así como una estrategia para mantener desordenados, (o, podríamos decir, ordenados conflictivamente) a los sujetos. Al final, los “jefes” de los presos políticos también debieron “negociar”, se volvieron menos utópicos, menos luchadores, más conformistas. Esto es lo que siempre hace, la operación “normal” de la cárcel. Crea miedo y enfrentamiento allí donde ya hay resquemor, crea muros dentro de las zonas ya amuradas. El bombardeo de conflictos termina por funcionar: opera allí en la pequeña brecha del prejuicio, separa y enfrenta a los “casi hermanos”. Vuelve al *delincuente común* más *delincuente*, y al *delincuente político* menos *político*.

La brecha se torna en abismo y la única manera de no caer en él, parece ser un muro. Siempre hay otra salida, advierte uno

de los presos políticos, pero finalmente, pierde. Los otros presos políticos reaccionan de forma violenta contra los presos comunes, castigando a uno de ellos. Cuando lo hacen, la división, el conflicto, deviene expansivo e irreparable. El ladrón linchado quedará resentido y nunca podrá tejer lazos de solidaridad con los presos políticos, ya no podrá *integrarse* a ellos. Por otro lado, la desconfianza anida también en el colectivo político: dentro de los mismos presos políticos hay quienes reaccionan en contra de la respuesta violenta y cuestionarán que se ataque al ladrón de esa manera. En definitiva, la violencia interna y la división se esparce, ha comenzado.

Es eso, justamente, lo que revela la construcción del muro: la división definitiva. El conflicto, la desconfianza, el miedo al otro, debilita la posición colectiva de los presos. Y si antes coexistían bajo normas de paz unidos por el enemigo exterior (los militares y la administración penitenciaria), ahora la paz va a devenir imposible, porque el miedo se va a renovar en cada conflicto, y la violencia del conflicto interno es creciente. Miedo y violencia ponen en marcha su círculo vicioso.

Como puede verse, a la administración penitenciaria, le resultaba más problemática la actitud y organización de los presos políticos que demandaban derechos, que las de los presos sociales, que reproducían para dentro de sus propios grupos la violencia a la que los sometía el sistema penitenciario (arbitrariedad, muerte, robos). El Director se exaltaba desesperado con la huelga de hambre y con los reclamos políticos, pero se muestra absolutamente indiferente a los muertos que genera el enfrentamiento. El caos interno de los "presos sociales" es la forma en que están acostumbrados a regular a los presos comunes todos estos servicios de custodia.

Los penitenciarios y la policía conocen mejor este paño, saben como se maneja. Sus herramientas no son tan efectivas cuando los presos se unen, no aplican la violencia entre ellos y reclaman derechos conjuntamente y de forma coherente. Tal como la banda organizada de Pingao, manejan sus códigos, necesitan saber quién es el jefe, y que él se encargue de las reglas de su pabellón. Así se puede negociar mejor (un "limpieza" se diría en nuestras cárceles).

El muro adentro y afuera.

Tres momentos debemos seguir en la película. Tres momentos que se superponen, porque nos hablan de tres dimensiones del mismo problema. Primero vemos a Miguel y Jorge bailando juntos en su infancia, en la que existían las diferencias, pero no el enfrentamiento, no había muros. Segundo, Miguel y Jorge en la cárcel: comienzan juntos, pero se siente miedo, hay peligro y entonces se construye el muro. Luego del muro, cuando la división ya es total, el peligro aparece como más real, más cierto, insuperable ¿quién se animaría ahora a cruzar el muro? .Luego del muro, el conflicto es mucho peor. Ya el precio de cruzar la frontera no es un gato o el reloj, es la muerte o la violación, el miedo, hijo de la tensión, ha generado esta división.

La separación y el miedo van a ser también los padres reconocibles de la violencia extrema que veremos luego en la favela. Una vez instalado este peligro, esta división cultural tan extrema, todo cruce de fronteras es peligroso. El muro se hace cada vez más real, y ya no está sólo dentro de la cárcel.

La separación ya no es "afuera" o "adentro". O sí, pero no afuera y adentro de la cárcel, sino afuera y adentro de la favela. Afuera y adentro de la ciudad: el muro de la cárcel ya no importa. Es de piedra, pero perfectamente poroso, flexible. Jorge sigue siendo Jorge; antes, jefe de su pabellón de presos proletarios, hoy el jefe de la violencia en la favela. La cárcel de los setenta y la exclusión social absoluta de comienzos de siglo XXI permiten estas analogías. Claro que afuera, entre la favela y la vida de clase media acomodada, el muro no es de ladrillos. Es tan grande y largo -pues rodea toda la ciudad- que este material no sirve. Es, en cambio, de las más efectivas y complejas cadenas del miedo. No es arquitectónico, sino geográfico-cultural; que Miguel de niño vaya a bailar a la favela con Jorge en los años 50, era una travesura; que su hija haga lo mismo 50 años después, una peligrosa trasgresión que no puede terminar sino trágicamente.

Ya no podemos entender la "subcultura" carcelaria como un problema separado de la "cultura" del afuera -como aún pretenden los "criminólogos" penitenciarios- sobre todo de los grupos sociales que aportan la masa crítica sobre la que

interviene el sistema policial-penitenciario. En la prisión, los muros de concreto han devenido abstractos, el material es más simbólico que real. Eso es lo que parecen decirnos las escenas en que vemos a Jorge manejando sus “negocios” a través de su celular, con su organización, tal como si estuviera en una oficina. Los vínculos dentro-fuera permanecen, y aún más, se muestran más visibles. Lo mismo muestra el caso de que el diputado tenga que ir “adentro” a negociar con el líder de la facción que controla el barrio. La separación es sólo geográfica, simbólica. Pero no más que eso. La ilusión de que en la cárcel el afuera es el adentro y el adentro es el adentro no es válida para las nuevas redes sociales. Es una realidad corpórea para el detenido, que no hace más que poner a la luz, en un caso individual, cómo se tejen las identidades de forma violenta en el “afuera”. Un laboratorio de observación y de intensificación de las mismas prácticas de control social violento que se dan “afuera” de forma más velada, más sutil. La cárcel vale sólo para el afuera, la reproducción de la cultura carcelaria es en realidad sólo la intensificación de la producción de la dinámica de la violencia de *unos contra otros* que se instaura en el barrio.

En uno y otro momento se trata de la reproducción (parcialmente controlada desde el afuera) del caos, de la no organización colectiva, de la afirmación individual a partir de la muerte del otro: impedir que el otro sea *compañero*, mantenerlo como *enemigo*. Y este “problema” es, en sí mismo, una forma de control, de represión social (y de prevención política) teledirigida, para la cual no hace falta mancharse las manos. Sólo requiere mantener una poca provisión de violencia desde el exterior que permita su autoreproducción en el interior (venderles armas, en el caso de la favela).

Los presos sociales de la película, en los 70, no cuentan con herramientas para buscarse una salida coherente y colectiva del círculo de la violencia. Sin darse mucha cuenta son víctimas colectivas de la violencia que ejercen individualmente como victimarios. Así como reproducen una violencia penitenciaria (quién es el jefe y cómo se llega a serlo) que los hace pelearse entre ellos. Y así como son separados por los presos políticos con el muro, la vida en la favela en el siglo XXI no es otra cosa.

Establecer el conflicto dentro del mismo grupo social, unos contra otros, dejar “que se maten entre ellos” (establecer las condiciones para que esto ocurra, y luego permitirlo) es una estrategia de control que en la película se desplaza desde la cárcel a la favela. Con su caos interno, serán un problema social, pero no un problema político. Un defecto, un malestar, pero no una propuesta ni una alternativa. Nunca serán tan problemáticos -ni los presos en los 70, ni los pobres en el 2000- como si se organizaran de forma no violenta y planteasen reclamos colectivos de forma coherente (esto los convertiría nuevamente de *problema social* a *problema político*).

Esta comunicación permanente entre el adentro y el afuera, este desplazamiento de los efectos de la estrategia carcelaria, nos revela algo que otro padre del pensamiento del fin de siglo ya había denunciado (me refiero, claro a la otra referencia imposible de obviar, Michel Foucault, principalmente por *Vigilar y Castigar*): el efecto de la cárcel más poderoso y funcional para el orden, es sobre los grupos sociales a los que pertenecen, no sobre el preso. Una vez que la cárcel construye a una persona como “delincuente”, el estigma que genera miedo en los demás lo perseguirá toda su vida, lo colocará en tensión con la ley, lo hará actuar, efectivamente, como delincuente, siempre en el margen de lo ilegal y lo policial, siempre dependiente de las agencias oficiales de control, particularmente de sus circuitos ilegales.

Esta es la forma de controlar a todo el grupo social: de allí viene alguien que cometió un delito y al que vuelve alguien ya como *delincuente* hecho y derecho. Por un lado, crea un inevitable miedo contra este delincuente, esto permite que se reclame la injerencia policial en grupos sociales que, de otra forma, podrían rechazarla por violenta y problemática. Por otro lado, crea conflictos y separación dentro del mismo grupo social, y esto lo mantiene desorganizados. En definitiva, todo esto impide cualquier organización política del malestar social.

La neutralización de lo político.

En este punto es necesario recordar a la ciencia penitenciaria: la “*criminología*” (y luego de ella a su hija, la “*penología*”). Ciencia maldita si las hay, en primer lugar porque no es reconocida como ciencia en el

campo científico (y esto, con mucha justicia), en segundo lugar porque sólo ha servido para justificar prácticas por lo general poco agradables, contrarias a todo sentido de humanidad y solidaridad. La criminología ha sido una supuesta ciencia cuyo sentido, contenido y objetivo responde pura y exclusivamente a los intereses políticos de quien la inventa, la adopta y la propone. El objeto de la criminología ha sido negar cualquier vínculo entre política y conducta ilegal, y para esto creó la figura del delincuente. Originalmente el “delincuente” sirvió para despolitizar problemas delictivos, convirtiéndolos en patologías médicas: “no son subversivos, revolucionarios, u obreros en huelga, son personas con problemas individuales, enfermos, o subnormales. Su impugnación del sistema no es válida”. En otra versión más progresista, la criminología ha servido para despolitizar movimientos colectivos, convirtiéndolos en *problemas* sociales (problemas de anomia, problemas de integración cultural, “subculturas”, etc.). Así, con un discurso que se supone científico, todo componente político y social del conflicto que se manifiesta en un delito (y la película nos da muestras extremas de ambos casos), es eliminado como un problema de *ellos*.

El riesgo que representaba para la *organización penal-poder político* que los presos políticos lograran vincularse con los presos sociales era que se iba a “politizar” el problema social. Que los pobres (los negros, en la película) tomaran conciencia política de sus problemas sociales y los plantearan en forma de lucha coherente: “*Negro subversivo no existe*” condena un guardiacárcel a Jorge (y a su clase social) cuando este se intenta unir al movimiento político. Y entendemos su plan, su orden, su deseo (o el de su institución): “*¡no puede haber negros (o pobres) políticos!*”.

La separación violenta de presos políticos y presos sociales logró un efecto inverso, una versión perversa de ese “peligro”: los presos sociales no lucharon contra su situación social de forma colectiva y coherente, sino que continuaron con sus prácticas de violencia de unos contra otros, pero con una organización y un discurso copiado de los políticos.

Una gran diferencia entre los primeros presos políticos y su perversión trágica (el Comando Vermelho, que dirige

Jorge) tiene que ver con qué identidad construye y cómo lo hace. Si la identidad se construye como parte de un colectivo (un partido político, una clase social) y se lucha por los derechos del grupo a que se representa de forma coherente, esto puede permitir la creación de salidas colectivas positivas (por ejemplo, desde los derechos que reclamaban los presos políticos, hasta su amnistía generalizada con la vuelta de la democracia). En cambio si la identidad se ve jaqueada por el miedo permanente al otro, se construye individualmente, *en oposición* a los otros que los rodean, y no junto con ellos.

La carencia de armas políticas para superar esta situación la condena a la repetición. El hombre de la favela en el siglo XXI (el niño, incluso), se afirma a sí mismo mediante la violencia con los otros que los rodean (demostrando hombría, valor, que merece respeto, “que se la aguanta”): los personajes que encarnan esto son Duda y Deley, uno contra otro. La pertenencia grupal se reduce a la obediencia de un pequeño círculo y a la eliminación del círculo vecino. Esta forma de (des)organización identitaria no permite salidas positivas efectivas salvo en casos excepcionales, porque las salidas individuales muy difícilmente puedan generar nuevas posibilidades *al margen* o *contra* un sistema social de violencia y de exclusión.

La película nos da de esta forma su versión sobre el problema actual (y que vemos en los noticieros), sobre el Comando Vermelho. Se trata de una organización criminal, sin aspiraciones políticas de plantear un nuevo orden (por ejemplo, un orden social más justo, más inclusivo) como pretendían los presos políticos de la película, y como pareciera afirmar el aterrador saludo de Jorge (mientras pronunciaba “Paz, justicia y Libertad”), pero con una organización y una retórica política. Estos son los efectos perversos que han surgido después de los setenta al *despolitizar el movimiento político*. Mantener la retórica, pero carente de contenido y de propuesta colectiva inclusiva y de cambio.¹

¹ A otro nivel, efectos de esta perversión ocurrieron en otras partes del mundo: El fracaso de los movimientos de liberación en África (al menos de la consecución de sus objetivos iniciales) muestra un caso similar. La legitimidad de la organización y el discurso político de las guerrillas de liberación permanecieron como algo bueno y legítimo en el imaginario. Todo movimiento

Esta “desorganización selectiva” plantea un situación en todo funcional a los discursos más violentos dentro de las propuestas policiales-penitenciarias: la guerra de todos contra todos nos obliga a intervenir de manera violenta. Pero para justificar nuestra existencia y permanencia, entonces, la guerra de todos contra todos debe continuar. Es por ello que el caos social, en estos casos tan difíciles de superar, es particularmente estimulado desde el “afuera” por las más conspicuas (y sospechosas) agencias de control.

Pero así como estas “derrotas” políticas han generado en estos casos estos efectos perversos de un discurso político incluso carente de contenido, lo cierto es que en otros contextos, los presos políticos han “politizado” los reclamos y malestares de los presos comunes, generando nuevas herramientas para el progreso y el cambio. Y con “politizado” me refiero justamente, a que les han dado capacidad, para reconocerse colectivamente, integrarse y luchar un cambio (en el caso, para que se respeten sus derechos mínimos). Su presencia, en algunos casos, ha dado las herramientas para que presos sociales puedan entender su problema de violencia y exclusión como *posible de ser cambiado* a través de la organización colectiva.

De esta forma es como los presos comunes españoles después del franquismo acuñaron el término “presos sociales” para organizar su identidad colectiva y estructurar

tiránico, violento o dictatorial (genocidas, por lo general) se justifican en un vocabulario y un discurso hermosamente adornado de declamaciones de valores libertarios de unas décadas atrás (para esto recomiendo ver la película “el Señor de la Guerra”).

Una perversión similar ocurrió en los países centroamericanos que durante años vivieron la lucha de las guerrillas y después de los contras (guerrillas de derecha organizadas por Estados Unidos). Las respuestas adaptativas de jóvenes excluidos de todo sistema productivo (la “subculturas criminales”) aprendieron estrategias organizativas, disciplinarias y de violencia propias de las fuerzas parapoliciales y ahora tienen una organización supuestamente transnacional (“las maras”). Pero la violencia se ejerce contra jóvenes del mismo grupo social, de los mismos sectores sociales, y no plantea un objetivo colectivo final. No hay posibilidades de lograr nada porque no pretenden ni inserción ni creación de un nuevo sistema productivo o de organización que pueda ser inclusivo. Se trata de una salida destructiva, y aún autodestructiva.

el reclamo por el respeto a sus derechos. Y también como presos comunes han logrado crear y defender, por ejemplo, espacios educativos, incluso centros universitarios – aún en contra de las pretensiones de ciertas administraciones penitenciarias-, dentro de nuestro Servicio Penitenciario Federal.

En definitiva, y para concluir: si una estrategia de inmovilización, de neutralizar la posibilidad de cambiar, en la era de la exclusión, es estimular el miedo e impedir de esa forma las salidas colectivas organizadas e integradoras, la única alternativa para lograr un cambio es *crear* nuevos espacios inclusivos allí donde la integración parece ser negada de forma más extrema: en la “favela”, en la cárcel (la material o la social), en los jóvenes. En síntesis, “repolitizar” lo social, hacer lo individual social, y lo social, político.

En nuestro contexto y problemática particular estas reflexiones pueden aplicarse a varios problemas. Por ejemplo, nos deben hacer pensar hasta qué punto, seguir estimulando el reclamo por seguridad física, seguir alimentando la cadena del miedo, no es un factor que, inevitablemente lleva a la imposibilidad de plantear una organización colectiva con objetivos inclusivos del otro, y con un proyecto de cambio. ¿Acaso no ha sido “la seguridad” la razón para la separación de los presos políticos y de los presos sociales?, o mejor dicho ¿de la separación de lo político y lo social?. Lo político ahora como una profesión cerrada en sí misma, preocupada por su protección (la seguridad); una profesión de supervivencia. El reclamo, individualista, entonces, se limita a pedirle que nos incluya en ese grupo que sobrevive. Un reclamo de seguridad-placebo, limitado a una seguridad entendida como la exclusión del otro temible. Y ¿no nos encierra esto, acaso, en un círculo vicioso, pues mientras más excluido está el otro, más distinto terminará siendo, más enfrentado a nosotros, y por ello, más peligroso y temible? Este es el círculo que no ha sabido solucionar Miguel. Y por ello, una vez ya puesto en marcha, él se puede salvar, pero su hija será quien pagará las consecuencias.